

Cerebro, formación de la subjetividad y ego trascendental

Fernando Miguel Pérez Herranz

Universidad de Alicante

...esta victoria supuso asimismo el síntoma de un desastre por parte del discurso de la ciencia médica en su enfoque del psiquismo. (...) estaban abandonando definitivamente la terminología psicoanalítica, psicodinámica o fenomenológica —que había humanizado a la psiquiatría durante sesenta años dotándola de una **filosofía del sujeto**— para sustituirla por criterios **comportamentales** de los que se hallaba excluida toda referencia a la subjetividad. El objetivo era demostrar que el trastorno de la mente concernía exclusivamente a la psicofarmacología o a la cirugía, y que podía ser reducido a un desorden, a una disociación, es decir, a una avería del motor. E. Roudinesco, *Nuestro lado oscuro. Una historia de los perversos*, Anagrama, Barcelona, 2009, pág. 208.

Lo primero que aprendí —señalaba Ilha Eremburg— es que resulta mucho más difícil cambiar la mentalidad de la gente que el orden político y aun la economía de un país. El segundo de estos cambios puede efectuarse en unas cuantas horas, el tercero en varias décadas, pero el primero puede necesitar centurias.

§ 1. Filosofía (tradicional) y Neurofilosofía

La separación entre los estudios sobre la *formación de la subjetividad*, dados en el campo de las fuerzas sociales, según métodos sociológicos e históricos, y los estudios sobre el *comportamiento humano*, dados en el campo de las fuerzas biológicas, según métodos naturalistas que privilegian sus componentes etológicos y físico-químicos, ha originado un cortocircuito entre la filosofía de la Naturaleza y la filosofía del Espíritu que nos devuelven a polémicas pasadas, renovadas con gran fuerza y ruido a consecuencia de los avances científicos de la psicofarmacología, la cirugía y las neurociencias, auspiciadas de manera *espectacular*¹ por la ingeniería aplicada al estudio del cerebro: *Positron Emission Tomography* (PET), *Magnetic Resonance Imaging* (MRI), *Functional Magnetic Resonance Imaging* (fMRI), máquinas que generan mapas

¹ El término *espectáculo* —*spectaculum* (*specto*) = ‘vista’, ‘aspecto’; *spectator* = ‘el que contempla’, ‘el que mira’...— posee dos sentidos: a) Espectáculo como acción; b) Espectáculo como objeto que se ofrece a la mirada, a la contemplación.

de actividad cerebral mediante la detección de señales que se correlacionan con la excitación de las células del cerebro.

Este desarrollo de la investigación neurobiológica —implementada por el Proyecto Cerebro Humano (HBP)— ha animado a ciertos neurobiólogos a ir más allá de una reflexión filosófica de este campo científico (lo que se llamaba *una filosofía de la ciencia* o *gnoseología*) e intentar absorber el resto de los territorios tradicionalmente ocupados por la filosofía, bajo el nombre de *Neurofilosofía*. Así se presentó el proyecto de Patricia Smith Churchland en su texto fundador: *Neurophilosophy: Toward a Unified Science of the Mind/Brain* de 1986. No tiene nada de extraño que muchos neurocientíficos hayan celebrado esta tesis y se dispongan a ejercer de «verdaderos filósofos» y aun de «únicos filósofos», incorporándose a las corrientes neopositivistas que deslegitiman la filosofía clásica tachándola de metafísica o especulativa y, en todo caso, prehistoria del verdadero saber fundado, ahora, por la Neurofilosofía. Las neurociencias no se conectarían con la filosofía en este o en aquel lugar, sino que se extenderían al conjunto de la filosofía. Es decir, que la Neurofilosofía se dispone a considerar el cerebro (*Mind / Brain*) como el *primun* ontológico, gnoseológico y ético, un verdadero *Ego trascendental* que fundamenta y garantiza todos los aspectos de la vida humana: individual, social y aun científica: la realidad, los criterios de verdad y la ética serían resultados autónomos de funciones cerebrales.

* * *

No es la primera vez que una ciencia prestigiada ha pretendido absorber la filosofía en su totalidad. Los neopitagóricos lo intentaron a partir de las Matemáticas; los físicos newtonianos, de la Física; los darwinianos, de la Evolución; los ingenieros informáticos, de la Lógica; y aun los psicólogos, del Simbolismo (los arquetipos de Jung). Los filósofos, sistemáticamente, se han rebelado contra estas extrapolaciones a las que denuncian como confusiones categoriales: Platón o Aristóteles contra el pitagorismo; la filosofía agustiniana contra el gnosticismo... Kant separó nítidamente las Categorías científicas de las Ideas filosóficas; y Hegel, Frege, Husserl o Wittgenstein se

han enfrentado a todo *naturalismo*, es decir, a la supresión de fronteras entre el saber científico y el filosófico.

Así que quedan dos posturas enfrentadas: a) La filosofía y la psicología de cuño fenomenológico o analítico, que afirman la autonomía de la filosofía y de la psicología respecto de las ciencias biológicas;² y b) El *naturalismo radical*, en la línea de Patricia S. Churchland³ y de sus seguidores, que consideran la Neurociencia como el conjunto de conocimientos necesarios y suficientes para el saber filosófico. Los sujetos humanos no serían más que *ingenios epistémicos* que exploran el flujo de energía ambiental y la información que contiene para producir más información y guiar con más eficacia sus movimientos. Pero hay una tercera postura, c) que modula y modera el naturalismo: puede aceptar que los conocimientos de las neurociencias se conviertan en necesarios — como cualquier otro conocimiento procurado por cualquier otra ciencia—, pero son insuficientes para el saber filosófico. Nosotros partimos aquí de una filosofía de la naturaleza que conjuga Naturaleza y Cultura: la Naturaleza se desarrolla también a través del hombre y los contenidos culturales son, a la vez, contenidos naturales.⁴ En lenguaje de la neurobiología, diremos que no hay separación radical entre los niveles personales (filosóficos) y los niveles subpersonales (neurociencias), sino que hay siempre un vínculo entre las competencias de nivel personal y los procesos subpersonales.⁵

§ 2. Sócrates o la autonomía de la *psique*

Por otra parte, se observa también que vuelven a encontrarse dos procesos de investigación diferentes, cuyos campos de estudio tienen en común la vieja idea

² Sobre todo, la Fenomenología de raíz husserliana. Cf., Jean-Noël Missa, “Que peut-on espérer d’une théorie neuroscientifique de la conscience? Plaidoyer par une approche évolutionniste”, en Pierre Poirier & Luc Faucher (dir.), *Des neurosciences à la philosophie. Neurophilosophie et philosophie des neurosciences*, Éditions Syllepse, París, 2008, págs. 355-366.

³ Patricia S. Churchland, “Que peut nous enseigner la neurobiologie au sujet de la conscience?”, P. Poirier & L. Faucher (dir.), *Des neurosciences à la philosophie*, op. cit., págs. 329-354.

⁴ F. M. Pérez Herranz, “Deconstrucción de la Naturaleza: morfologismo y libre albedrío” *Eikasía*, n° 26, extraordinario, 2009, págs. 301-346.

⁵ Cf., J. Prost & E. Pacherie, “Neurosciences et compréhension d’autrui”, en P. Poirier & L. Faucher (dir.), *Des neurosciences à la philosophie*, op. cit., págs. 295-328.

filosófica de *Psiqué* —más tarde resuelta en *Anima (alma)*, *Mens (mente)* o *Spirit (espíritu)*— y que se podría ejemplificar en la confrontación clásica entre el «hombre natural» de Antifón enfrentado al «hombre ilustrado» de Protágoras. Así, o la virtud es resultado espontáneo de la naturaleza o ha de ser enseñada por el maestro sofista (mito del *Protágoras*, 320c-323a). Tras cualquier forma de sociedad, pueblo o cultura, ¿con qué nos encontramos? ¿Con la *polis* o con el *homo Antecesor*? Sócrates resolvió el dilema mediante un novedoso método que auspicia la autonomía de lo mental, de la *psiqué*, irreducible tanto al estado de naturaleza como al estado social, aunque conjugado con ambos.⁶ Sócrates muestra la identidad entre la esencia del hombre y la *psiqué* (*Apología*, 29d-30b)⁷ y pone las bases del ego como condición de la experiencia. Así que el planteamiento se hace muy complejo, porque son tres los territorios que pretenden hacerse con el control (absoluto) de lo humano: los *naturalistas*, los *simbolistas* o *culturalistas* y los *psicológico-trascendentalistas*. O, dicho de otra manera: el verdadero *yo* es asociado al cerebro, al sujeto empírico (socio histórico) o al ego trascendental, respectivamente.

La autonomía de la *psiqué* desconcierta a todo el mundo: A los científicos de las «ciencias duras», porque una de sus características es la *libertad*, que no es posible encajar en un universo regido por leyes determinísticas.⁸ A los simbolistas y culturalistas de las «ciencias blandas», cuando de repente se encuentran con casos en los que no hay correspondencia entre el contexto social y la conducta humana (por ejemplo: ¿Por qué Petrarca se rebela contra el papado de Avignon, justo el que le ha permitido adquirir la espléndida educación con la que zarandea a sus educadores?).⁹ Y también

⁶ “Por consiguiente, a partir de Sócrates el hombre fue concebido con frecuencia como lo que queda una vez ensayados todos los ajustes posibles entre la sociedad y el individuo: el hombre no pudo ser ya reducido a la función social ejercida”. J. Ferrater Mora, *Las crisis*, Alianza, Madrid, 1983, pág. 28.

⁷ “Mi buen amigo, siendo ateniense, de la ciudad más grande y más prestigiada en sabiduría y poder, ¿no te avergüenzas de preocuparte de cómo tendrás las mayores riquezas y la mayor fama y los mayores honores, y, en cambio, no te preocupas ni interesas por la inteligencia, la verdad y por cómo tu **alma (psyché)** va a ser lo mejor posible?” (...) “En efecto, voy por todas partes sin hacer otra cosa que intentar persuadiros, a jóvenes y viejos, a no ocuparos ni de los **cuerpos** [Naturaleza] ni de los **bienes** [Cultura] antes que el **alma** ni con tanto afán, a fin de que ésta sea lo mejor posible...” Platón, *Apología*, 29e y 30b.

⁸ Tesis defendidas por los mismos que en sus casas comentan tranquilamente que decidieron estudiar medicina en vez de derecho —como quería su familia—, sin recordar que esa decisión hubiera sido imposible de tomar si, por ejemplo, hubiera nacido mujer en ciertos países o en ciertos tiempos, y no porque la Naturaleza se lo impida, sino porque así lo ha decidido el patriciado tiránico de turno. ¿O es que esa conducta se encuentra preprogramada ya en los genes? ¿En el destino?...

⁹ Cf., J. Heers, *La invención de la Edad Media*, Crítica, Barcelona, 1995, págs. 48 y ss.

nos desconcierta a los perplejos hombres de la calle que, ante un psicótico, no sabemos si recurrir a la neurobiología, a la psicología-antropología o incluso a la filosofía trascendental. Los neurobiólogos como Michael Craig y su equipo considerará que el psicópata es consecuencia causal de una reducción en las pequeñas islas de *claustrum* temporal que forman la estructura llamada *fascículo uncinado*, que conecta el lóbulo dorsolateral del frontal con la amígdala, situada en el temporal; así que el remedio tendrá que ver con la cirugía. Los psicólogo-antropólogos, al modo de Lesing, Cooper o Basaglia, considerarán al psicótico resultado de la fatalidad del «doble vínculo», y cuyo remedio será la desaparición de las instituciones que lo generan, desde la familia al psiquiátrico. El filósofo, quizá pudiera ayudarles; reflexiona Ricardo Sánchez Ortiz de Urbina:

Si los hombres estuviesen todos afectados de psicosis esquizofrénica y, por haber perdido su *Leib* tuvieran que suplir las funciones espontáneas y olvidadas (pasivas) del cuerpo interno mediante las funciones del cuerpo externo en tanto que síntesis activas, entonces sí necesitarían la organización que proporciona el Ego trascendental (¿se dedicarían entonces los psiquiatras a curar dando clases de historia de la filosofía?).¹⁰

* * *

Pero podría llevarse este planteamiento mucho más lejos, y no sólo referido a psicópatas, sino a la vida normal. La sociedad democrática, ¿exigiría una reeducación antropotécnica como sugirió con escándalo Sloterdijk en el *Parque humano* (naturalismo)?¹¹ ¿O bastaría con utilizar estímulos lo suficientemente poderosos y pregnantes en los medios de comunicación para obtener respuestas individuales democráticas (sociologismo)? ¿O quizá sería necesaria una verdadera educación filosófica en su modalidad kantiana (filosofismo)? Pues acaso el sujeto de la democracia ha de ser de naturaleza tal que no puede ser reducido a un ser neuronal, ni social, si es que es un ser autónomo, fuente de moralidad, y cuyas normas de conducta están referidas al imperativo categórico.¹²

¹⁰ R. Sánchez Ortiz de Urbina, "Post-scriptum al artículo Para qué el ego trascendental", *Eikasía*, nº 19, 2008, pág. 237.

¹¹ P. Sloterdijk, *Normas para el parque humano*, Siruela, Madrid, 2000.

¹² E. Kant, *Reflexiones sobre filosofía moral*, Sígueme, Salamanca, 2004.

* * *

La frontera en la que confluyen estos tres territorios se hace oscura, abrupta, inclasificable, porque ahí asoma aquella «desconocida raíz común» a la que apelaba Kant. En esa frontera en la que el hombre se presenta de esa manera paradójica que llenaba de perplejidad a Pascal, y que pasaba de ser “depositario de la verdad” a ser “cloaca de la incertidumbre y error”; un ser, a la vez, “gloria y deshecho del universo” (131/434).¹³ Un ser cuasi animal que, sin embargo, es capaz de inventar las matemáticas o la bomba de hidrógeno, pero también de dotarse de mecanismos jurídico-políticos tan refinados como la democracia moderna. Esta triple condición del ser humano: un ser neuronal acogido a las leyes y normas evolutivas darwinianas; un ser social que mimetiza los comportamientos de sus semejantes;¹⁴ y, finalmente, un ser capaz de inventos (creaciones) tan excelsos como las matemáticas, la música sinfónica o la teoría de la relatividad, inclina a los pensadores o bien a tratar al hombre como a un ser más de la naturaleza, reduciendo todas esas habilidades y características a meras conexiones más o menos complejas de las neuronas, codificadas por el ADN; o bien a tratar al hombre como un ser social, desconectado prácticamente de la naturaleza, el ser simbólico-cultural por antonomasia; o bien a tratar al hombre como un ser fenomenológico, con la esperanza de mostrar las condiciones que hacen posible que el hombre pueda ser un neurobiólogo tan competente como Santiago Ramón y Cajal (razón pura), o un santo que ofrece su vida a los más pobres entre los pobres como Vicente Ferrer (razón práctica), o un artista que saca limpiamente un mundo de su cabeza como Mozart (juicio). Y hay algo más sorprendente aun si cabe: los descubrimientos de unos pocos seres humanos, aunque sean singulares y geniales (teoría de la relatividad, el amor a los hombres o las fugas de Bach) pueden ser transmitidos y normalizados a todos sus congéneres.¹⁵ ¡No son reducibles al «cerebro creador»!

¹³ B. Pascal, *Obras*, traducción de Carlos R. Dampierre, Alfaguara, Madrid, 1983.

¹⁴ Laureano, Luis y M. Á. Castro Nogueira, *¿Quién teme a la naturaleza humana?*, Tecnos, Madrid, 2008.

¹⁵ Esto ya sorprendió a Platón con las matemáticas, lo que le condujo a inventar nada más y nada menos que la filosofía para obtener alguna respuesta, al menos, orientativa. Véase, F. M. Pérez Herranz, “La eliminación de la subjetividad de los fines. Platón y las matemáticas”, *Eikasía*, nº 12 (extraordinario), 2007, págs. 203-236.

§ 3. El triángulo semiótico del Sujeto

Quisiera plantear en este trabajo esta triple cuestión desplegándola en los tres apartados a los que se refiere el título: el cerebro, la formación de la subjetividad y el ego trascendental, que presentaré en esta introducción a la inversa para desplegarlos más tarde en el orden propuesto:

a) La referencia al **ego trascendental** tiene que ver con esta característica del pensamiento de Occidente, atravesado por la filosofía, y que supone, en consecuencia, que los hombres estamos sometidos de alguna manera a una Razón, *Lógos* o Espíritu Objetivo, una entidad que nos envuelve y dota a nuestra finitud y contingencia de seres empíricos de un carácter de universalidad (si no, ¿por qué podríamos entender no ya a Newton o a Einstein, sino a nuestros profesores de física?). Tras de las opiniones cambiantes y efímeras de los hombres se deja entrever una estructura, un soporte común para todos los hombres. Esta idea fue iniciada en el mundo griego por Heráclito: “Pero aunque el *lógos* (*logou*) sea común a todos, la mayoría de los hombres viven como si poseyeran un pensamiento particular (*idion*)” (fr. 2, Diels);¹⁶ cristalizada más tarde a escala corpórea por la poetisa Safo y por el contrasofista Sócrates;¹⁷ tematizada por Platón; y reconducida hacia la inmanencia por Aristóteles a partir del *noûs* de Anaxágoras y del *Fedón* platónico. La idea de Sujeto trascendental se consolida con el cruce del helenismo y del Dios judeocristiano, creador del universo que impone sus leyes a todos los hombres bajo un poder distributivo único; la tesis predominante es el Ser, *primum cognitum* que llega muy lejos en el tiempo, hasta vertebrar la filosofías de Leibniz o Malebranche. Es a Descartes a quien se debe la construcción moderna del Sujeto, verdadero *primum cognitum*, que reemplaza a Dios en su universalidad. Kant y luego Husserl pondrán en ese Sujeto lo común que todos los humanos compartimos

¹⁶ Son muy importantes los trabajos de Elorduy sobre la conexión entre el *lógos* arameo (*dabar*) y el *lógos* heleno clásico, que se cruzan en los estoicos y, quizá, en Heráclito. Véase, E. Elorduy, *El estoicismo*, 2 vols., Gredos, Madrid, 1972.

¹⁷ En opinión autorizada de Bruno Snell, *El descubrimiento del espíritu*, Acantilado, Barcelona, 2007, cap. 4, el *alma* fue un invento de Safo; habría sido una mujer la que descubre el mundo interior, al complacerse en las cuitas del amor.

universalmente y lo que nos permite tanto hacer ciencia como regular nuestras vidas según una ley moral universal.¹⁸

Pero la conciencia humana, que con tanto éxito cartesiano-kantiano se enfrentó a la conciencia divina (o con el Genio Maligno) que la envuelve, una vez que ocupa el lugar de Dios —una conciencia ilustrada y universal—, se resquebrajará en multitud de conciencias que lucharán por dominarse unas a otras o, inversamente, por eludir la dominación: Hegel, Marx, y Nietzsche fueron sus mejores exponentes. Y más todavía, Heidegger la reducirá a una conciencia nacional.¹⁹ Después la cuestión se tematizaría como el problema del eurocentrismo: el ego trascendental se habría identificado con la conciencia europea occidental. Mas ¿es gnoseológicamente legítima esta identidad?

b) Si el Lógos ha de ser desvelado, y ninguna conciencia es capaz de mostrar que ella es la única legítima para hacerlo, entonces, y dicho en términos más actuales, no hay un «pensamiento único». Las vías para desvelar ese Lógos no son unívocas; puede desvelarse a partir de muy diferentes experiencias: ceremonias religiosas, mitos y epopeyas; técnicas respiratorias o filosofías; magias y alquimias o métodos científicos... Cada cultura se forma según la respuesta que ofrezca para su supervivencia. Y no sólo hay diferencias entre culturas exteriores las unas de las otras, sino en la propia, en la que hay combates entre múltiples variaciones intraculturales. Así, en la *paideia* griega la batalla dada por Platón desde la cultura escritural a la cultura oral y que ha sido expuesta de forma magistral por E. A. Havelock.²⁰ Pues una de las funciones primordiales de las culturas, por rudimentarias que sean, es la **formación de la subjetividad**, cuyos procesos son muy distintos entre sí, aunque todos participen de estructuras formales comunes (y de ahí la competencia Lógos/Cerebro). Pero lo más interesante de la formación de la subjetividad es que no es absolutamente mecánica ni determinística. En las comunidades humanas hay rebeliones de sujetos que se oponen a las normas sociales; los niños forman su personalidad rebelándose contra las normas

¹⁸ No se entiende muy bien por qué Gustavo Bueno en un trabajo reciente (“El puesto del ego trascendental en el materialismo filosófico”, *El Basilisco*, nº 40, 2009, págs. 1-104) hace arrancar la historia del Sujeto trascendental con el cristianismo, relegando al pensamiento griego a una especie de prehistoria del concepto; tampoco, que se olvide de Sócrates.

¹⁹ Cf. Emmanuel Faye, *Heidegger. La introducción del nazismo en la filosofía*, Akal, Madrid, 2009.

²⁰ E. A. Havelock, *Prefacio a Platón*, Visor, Madrid, 1994.

recibidas; cada grupo humano forma su subjetividad de manera propia, y enfrentada a las demás.²¹ En el extremo se encontraría la propia naturaleza humana del recién nacido, tan bellamente expresado por Hannah Arendt:

El milagro que salva al mundo, a la esfera de los asuntos humanos, de su ruina normal y «natural» es en último término el hecho de la natalidad, en el que se enraíza ontológicamente la facultad de la acción. Dicho con otras palabras, el nacimiento de nuevos hombres y un nuevo comienzo es la acción que son capaces de emprender los humanos por el hecho de haber nacido.²²

La pretensión de las culturas es, por una parte, la de identificarse con el *Lógos*, y, por otro, la de rebajar a las demás a meras imitaciones, incluso a culturas subhumanas, animales,²³ y, en el límite, a la «nuda vida».²⁴

La cuestión, entonces, es la de encontrar el criterio bajo el que se ha de someter la investigación de esta cuestión central, una búsqueda en la que las sociedades emplean muy diversos recursos e inversiones (universidades, laboratorios...). Desde la filosofía, apelaré a un criterio ontológico para acotar el concepto de *subjetividad* a través de la relación «**conciencias entre conciencias**». En la historia de la filosofía, y tras los presocráticos, suele comenzarse mostrando la lucha argumentativa de las conciencias de Sócrates contra los sofistas en torno al objetivo fundamental de la polis griega: la

²¹ “¿Cómo pudo surgir *Homo sapiens*? Nos permitiremos aquí un poco de fantasía plausible, limitada por la teoría evolutiva. Imaginemos que en una especie vigorosa del género *Homo*, un pequeño grupo de individuos, quizá un puñado de parientes próximos, poseía rasgos físicos, intelectuales y de comportamiento que parecerían grotescos a sus congéneres. Estos extraños individuos carecían del hermoso y prominente arco supraciliar que adornaba a los seres normales de su especie. Por el contrario, los miembros del grupo reducido tenían la cara achatada y su frente era ridículamente amplia. Las características de estos individuos serían el resultado de un pequeño número de mutaciones inductoras de una leve transformación neotécnica. Cabría suponer que los individuos transformados también eran, como consecuencia, menos peludos que sus congéneres. Es posible que estos parias fueran expulsados de la tribu por endemoniados. Es posible que huyeran a la luz de la luna para evitar ser perseguidos. Sin embargo, lo que sus anteriores compatriotas habían considerado rasgos monstruosos son hoy, pasado el tiempo, rasgos de genialidad”. Steven S. Stanley, *Los orígenes del hombre*, Siglo XXI, Madrid, 1981, pág. 191.

²² H. Arendt, *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 1993, pág. 266.

²³ “*Hombres verdaderos*: tal es el nombre que se dan a sí mismos no solamente los indios kiowa de América del Norte, sino también los tungosos de Asia y los lapones del norte de Europa. *Inuit*, «hombres por excelencia», es el nombre auténtico de los habitantes de las regiones heladas del Ártico, de un pueblo al que los amerindios llamaron *esquimales*. Los gitanos centroeuropeos se designan con la palabra *manusch*, en la que se advierte claramente su etimología del término germano *Mensch* (= hombre). *Bantú*, *massalit*, *zulú*, *khoi-khoi*, *san*: todos esos gentilicios del sur y del este de África podrían traducirse igualmente por «hombre».” E. Winkler y J. Schweikhardt, *El conocimiento del hombre*, Planeta, Barcelona, 1985, pág. 18.

²⁴ Cf. G. Agamben, *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Pre-Textos, Valencia, 1998.

educación política.²⁵ En general, las instituciones sirven como «fábricas de subjetividad: familia, enseñanza, milicia, empresa, literatura, teatro, arte, club deportivo...».²⁶

* * *

No hay que confundir el yo (*le moi même*) con la subjetividad; el yo, en el sentido del ego trascendental, es una operación muy sofisticada, vinculada a la aparición del capitalismo mercantilista.²⁷ Pondré algunos ejemplos ilustrativos:

i) En las sociedades tradicionales, el sujeto está disuelto entre las relaciones sociales. Por ejemplo, entre los melanesios estudiados por Leenhardt, la experiencia antropológica de la conciencia (= *do kamo*) no puede tener sentido viviendo el individuo en soledad; el *do kamo* únicamente puede existir en la medida en que ejerce su función en el juego de sus relaciones con otros seres. De manera que puede presentarse ante su padre con una réplica de su cuerpo, pero ante su madre, con otra; y con otras diferentes ante su tío, ante su mujer, ante su clan... Una persona es incapaz de colocarse fuera de esas relaciones. Las múltiples réplicas de su cuerpo no se integran como hace el sujeto occidental, sino que ellas en conjunto forman un círculo que rodea un vacío al que denominan *kamo*. Curiosamente, lo que los occidentales les han enseñado a los melanesios es la recuperación del cuerpo:

L'esprit? Bah! Vous ne nous avez pas apporté l'esprit. Nous savions déjà l'existence de l'esprit. Nous procédions selon l'esprit. Mais ce que vous avez apporté, c'est le corps.²⁸

ii) Otro momento ejemplar de formación de la subjetividad es el del fin del imperio romano. Multitud de escuelas filosóficas, religiosas y políticas se enfrentan entre sí por el dominio del pensamiento que ha de reorganizar la sociedad: estoicos,

²⁵ Si alguien afirma que estas instituciones se encuentran codificadas ya en los genes —el «gen argumentativo» de Sócrates, pongamos por caso—, es mejor abandonar la discusión.

²⁶ «Cada modo de producción (cada formación social), en tanto que formación de subjetividades, necesita producir, crear su propia manera de relatarse o de narrarse a sí misma», J. C. Rodríguez, *El escritor que compró su propio libro. Para leer el Quijote*, Debate, Barcelona, 2003, pág. 76.

²⁷ «Para convertir el dinero en capital, el poseedor del dinero tiene, pues, que encontrarse en el mercado, entre las mercancías, con el trabajador libre; libre en un doble sentido: pues de una parte ha de disponer libremente de su fuerza de trabajo como de su propia mercancía y, de otra parte, no ha de tener otra mercancía que ofrecer en venta; ha de hallarse, pues, libre de todo». K. Marx, *El Capital*, F.C.E., México, I, 122.

²⁸ Citado por N. Nicole Holzenthal, *La idea del espacio antropológico. Su alcance y rendimiento en el análisis de las instituciones de los Maring de Nueva Guinea*, Tesis doctoral, 2009, pág. 243.

hedonistas, religiones orientales, etc.²⁹ El combate entre todas estas conciencias que tratan de formar las subjetividades de este momento de crisis del imperio romano se verán derrotadas por una conciencia, la cristiana, que se impone frente a todas las demás, que es capaz de controlar, integrar y cristalizar aquel potencial del fin del imperio romano. Una conciencia que se fue imponiendo y expandiendo por toda Europa, América, África, Oriente... hasta constituir hoy la base de la globalización y que, por cierto, está siendo puesta en cuestión por la ideología que se inspira en Nietzsche, Heidegger y el nihilismo.

iii) También en nuestra época posmoderna y de globalización. Comentan Negri y Hardt, se han derrumbado las formas tradicionales y la formación de la subjetividad se hace extensiva a todo el mundo a través de los medios informacionales de comunicación.³⁰

c) Tras siglos de conformación de múltiples formas de subjetividad, que identificamos prácticamente con las diferentes culturas, el gran avance de las ciencias durante los siglos XIX y XX habría puesto entre paréntesis el triunfo del sujeto cartesiano-kantiano-husserliano en la historia del pensamiento. Una de sus variantes consiste en transformar el Lógos o Dios Creador por el Cerebro, la tesis fuerte de Patricia S. Churchland. Las manifestaciones del Lógos —religión, ciencia, arte...— no serían más que resultados de conexiones sinápticas. Y si las divinas Erinias ponían las cosas en su sitio, según Heráclito, y si los teólogos reorganizan los mandatos de Dios, según la Escolástica, serían ahora los neurocientíficos los que habrían de señalar el buen camino: «Los humanos somos nuestros cerebros»,³¹ es decir, vendríamos ahora en darnos de frente con el juicio infinito de Hegel: «El espíritu es un hueso».³² El Lógos se identificaría con el sistema físico-químico, con los nervios aferentes/eferentes, con los neurotransmisores, etc., y se afirmaría la ecuación: Lógos = Cogito = Cerebro. Se obtendría así una estructura que llamaremos *triángulo semiótico del Sujeto*, y cuyos

²⁹ Cf. Por ejemplo, J. Ferrater Mora, *Las crisis*, op. cit.

³⁰ A. Negri y M. Hardt, *Imperio*, Paidós, Barcelona, 2001, págs. 186, 227, etc.

³¹ Como se sabe, la tesis de que en el cerebro se localizan las funciones específicamente humanas, inteligencia, voluntad... no ha sido defendida siempre ni en todo lugar. Aristóteles y los aristotélicos, por ejemplo, creían que el centro no se encontraba en el cerebro, sino en el corazón.

³² F. M. Pérez Herranz, "Hegel y el cerebro: «El ser del espíritu es un hueso»", *Eikasía*, nº 15, 2007, págs. 41-98

vértices estarían ocupados por las dimensiones de la conciencia que hemos señalado: Cerebro, formación de la subjetividad y ego trascendental (fig. 1):

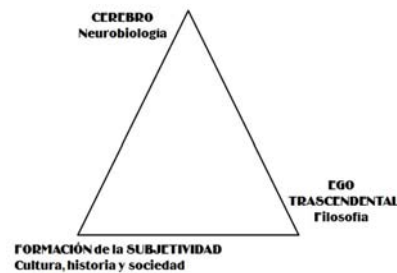


Fig. 1. Triángulo semiótico del Sujeto

La cuestión puede plantearse así: ¿Cómo entender la contraposición entre la realidad fáctica de la instalación de la vida humana en la tierra —el *homo naturalis*, inmerso en la *diaphonía ton doxôn* de cada una de las comunidades humanas—, la experiencia que se instaura en la Grecia helenística de pensar y proyectar un Lógos común a todos los mortales, y la investigación neurocientífica del cerebro, cuyas capacidades son idénticas a las capacidades del espíritu humano?

§ 4. Tesis: La falta del teorema de la conciencia

Pues bien, la tesis que voy a defender es la siguiente: que la inestabilidad de esta triada se produce por la ausencia de un elemento que les vincule con rigor, y que neutralice las especulaciones que permiten la absorción de unos vértices en otros. Y este elemento es el **teorema de la conciencia**. Un teorema que, al igual que en otros campos de las ciencias, marcaría su territorio propio, en este caso el de las neurociencias, y sobre el que se harían las críticas pertinentes. Pero al carecer de este teorema, el saber sobre la conciencia específicamente humana tiende a utilizar como modelo privilegiado, y sin solución de continuidad, bien la cultura, la historia o la sociología con el fin de mostrar la formación de las diferentes subjetividades; bien el modelo del *cogito* filosófico; bien, como ocurre con la neurociencia, el estudio del cerebro a la manera límite de Patricia Churchland que tiende a eliminar las ciencias de nivel superior: la psicología, pero también la sociología o la historia, hasta llegar a una ciencia que absorbería la subjetividad o el yo por la materia/forma cerebral. Pero si esta tesis puede

ser siquiera imaginada es por la ausencia de un teorema de la conciencia; pues las neurociencias han descubierto relaciones e identidades entre fenómenos, pero no han conseguido establecer un teorema del mismo calado que ha logrado la física con las leyes de Newton, el electromagnetismo con las ecuaciones de Maxwell, o la biología molecular con el teorema del ADN de Watson y Crick (Fig. 2). Mas la falta del teorema provoca que cualquier relación o correspondencia encontrada en la investigación, por pintoresca que pueda ser, pueda presentarse como la clave para la resolución de todos los problemas. Algo que ya no ocurre ni en Física clásica ni en Biología Molecular.



Fig. 2. Triángulo semiótico del Sujeto

La situación en la que se encuentran las neurociencias nos recuerda aquella otra de las ciencias físicas en el inicio de la modernidad. El ataque que recibió el neoaristotelismo a partir de ciertas relaciones (leyes) que se iban encontrando: las órbitas planetarias alrededor del sol de Copérnico, leyes de Kepler, ley de caída de los cuerpos de Galileo..., que no cabían en la física de Aristóteles. Las filosofías y las especulaciones metafísicas están completamente mezcladas (recuérdese, por ejemplo, las complejas y abigarradas filosofías de Nicolás de Cusa, de Giordano Bruno o de Leibniz). Y no fue hasta que Newton establece el teorema de la física (las «leyes de Newton»), cuando la filosofía se hace otra vez posible en la obra de Kant, que puede separar ya nítidamente las categorías físicas (regidas por el espacio/tiempo y la causalidad, de las Ideas filosóficas (Alma, Mundo y Dios).

§ 5. Cerebro (y teorema de la conciencia)³³

Como ya he señalado en otra ocasión,³⁴ no se pueden mezclar todos los niveles que se llevan a cabo en la investigación neurocientífica. Los artículos de divulgación caen con frecuencia en el sofisma de la extrapolación de datos de cualquier nivel al conjunto del cerebro (sofisma gnoseológico). Pero es muy importante, en este estadio de la investigación, no confundir los fenómenos de los que se parte con el estudio de las relaciones que se establecen o los teoremas a los que se llega. En apretadísimo resumen:

Hay una tendencia a extrapolar multitud de fenómenos: ilusiones cerebrales, patologías como las agnosias, experimentos muy artificiales de los psicólogos;³⁵ prejuicios, hábitos y costumbres exóticas, creencias mitológicas sobre poderes ocultos y aun fenómenos de la tradición filosófica... a proposiciones científicas sobre el cerebro. A establecer correspondencias entre lesiones cerebrales y conductas como si fuesen expresiones de la conciencia. A asombrarse por el uso de herramientas y técnicas no invasivas —*Estimulación magnética transcraneal (EMT)*; *tomografía por emisión de positrones (PET)*, *Imágenes por resonancia magnética (MRI)*... y suponer que las imágenes que nos ofrecen desvelan el alma o el espíritu o la conciencia humana. No son “ventanas abiertas del cerebro”, sino construcciones muy sofisticadas. O confundir las, por otra parte imprescindibles, relaciones encontradas en las conexiones muy transmisiones de las *unidades funcionales* —neuronas— a partir de experimentos (por *contigüidad*) de electrólisis, reacciones químicas, sinapsis química..., que ha llevado al prestigioso neurocientífico J.P. Changeux a suponer que “el descubrimiento de las sinapsis y sus funciones recuerda, por la amplitud de sus consecuencias, la del átomo o la del ácido desoxirribonucleico”;³⁶ aunque no parece que el ADN y las sinapsis sean conceptos del mismo tipo: el primero se constituye como un teorema en Watson y Crick, y el segundo es una relación entre términos. Porque antes de alcanzar el teorema de la conciencia se proponen múltiples modelos (y metáforas) para hacer coherentes

³³ P. Poirier & L. Faucher (dir.), *Des neurosciences à la philosophie*, op. cit.

³⁴ F. M. Pérez Herranz, “El teorema de la conciencia y el Proyecto Cerebro Humano” en F. J. Serrano Bosquet (ed.), *Ciencia, Tecnología y Sociedad*, MacGraw Hill, México (*e-book*).

³⁵ J. Nimio, *La science des illusions*, Odile Jacob, París, 1998.

³⁶ J. P. Changeux, *El hombre neuronal*, Espasa Calpe, Madrid, 1985, pág. 10.

todas las investigaciones parciales: i) Las *metáforas maquinistas*, que suponen que el cerebro es un máquina descomponible en piezas; de ahí la desviación de las neurociencias hacia el **localizacionismo**; contra lo que se oponen los modelos integrados, sistemas dinámicos suficientemente no lineales.³⁷ ii) las *metáforas modulares*, que tratan al cerebro como un almacén en el que se depositan y trasiegan diversos materiales... Steven Mithen utiliza la metáfora de la «catedral»:³⁸ iii) Las *metáforas computacionales*, que imitan los procesos por los que los organismos naturales aprenden y olvidan, según los conocidos modelos de Norbert Wiener, W. McCulloch y W. Pitts, que imaginan la estructura de las neuronas como redes o procesadores de símbolos y definen el cerebro como una «máquina de Turing».

Era necesario dar un paso más y trazar una totalización sistemática de todos los resultados obtenidos para llegar a formular el «teorema de la conciencia». Los esfuerzos no han sido muchos, pero sí muy intensos e interesantes: El pionero Francis Crick con su *hipótesis asombrosa* realizada desde una parte que considera privilegiada: la visión. Según su estudio, la conciencia “depende crucialmente de las conexiones talámicas con el córtex. Sólo existe si determinadas áreas corticales tienen circuitos reverberatorios (implicando a las capas 4 y 6) que se proyectan con fuerza suficiente para producir reverberaciones significativas”.³⁹ Dennett, por su parte, defiende la hipótesis de los *borradores o versiones múltiples (multiple drafts)*: muchos procesos distribuidos en el cerebro, que vienen del pasado y se continúan hacia el futuro; disuelve el todo en partes materiales de las que emerge retroactivamente la conciencia. Otras hipótesis conocidas son las de Rodolfo Llinás, Gerald Edelman, Antonio Damasio o Roger Bartra.⁴⁰ Pero ninguno de ellos, parece, ha dado con el teorema que haga baldía toda discusión posterior, equivalente a las leyes de Newton o el teorema de la doble hélice.

³⁷ A favor del localizacionismo: Jennifer Mundale; en contra, Valerie Hardcastle & Matthew Stewart...

³⁸ S. Mithen, *Arqueología de la mente: orígenes del arte, de la religión y de la ciencia*, Crítica, Barcelona, 1998.

³⁹ F. Crick, *La búsqueda científica del alma*, op. cit., especialmente, cap. 17, p. 315. En todo caso, esta explicación deja fuera las células gliales, de las que ya se sabe que se comunican con las neuronas por medios químicos.

⁴⁰ R. Llinás, *El cerebro y el mito del yo*, Barcelona, Belacqua, 2003; G. M. Edelman y G. Tononi, *El universo de la conciencia*, Barcelona, Crítica, 2002; A. Damasio, *El error de Descartes*, Barcelona, Crítica, 1996; G. M. Edelman y G. Tononi, *El universo de la conciencia*, Barcelona, Crítica, 2002; R. Bartra, *Antropología del cerebro: la conciencia y los sistemas simbólicos*, Valencia, Pre-textos, 2006...

* * *

Ahora bien, a falta de ese teorema, no podemos aceptar que el desarrollo orgánico del cerebro garantice la conciencia del yo, como si estuviera genéticamente programada. Esta cuestión ha sido intuida desde hace mucho tiempo, y se ha presentado como una hipótesis imaginaria en la leyenda del emperador mogol Akbar Khan, quien aisló a cinco niños recién nacidos al cuidado de personas sordomudas para conocer cuál era la lengua del Paraíso, pero que se ha hecho realidad con los casos del niño del Aveyron⁴¹ y otro mucho más reciente, el niño Johan encontrado conviviendo en una colonia de chimpancés alrededor del lago Tanganika: ninguno de ellos pudo hablar en una lengua. El yo, la conciencia de sí mismo, esto es algo que aparece siempre en un contexto histórico, institucional. Y ahí es donde se realiza esa operación de la **formación de la subjetividad** social, a través de la enseñanza reglada, de las costumbres, del arte, de las ceremonias religiosas, etc.

6. Formación de la subjetividad

Ahora bien, si subrayamos la mediación institucional, no es por motivos «sociales», externos a las neurociencias, sino por razones **ontológicas**, pues el desarrollo del cerebro no puede ponerse en correspondencia con el Universo entero ni intensional ni extensionalmente (que es la idea de la metafísica de Leibniz), sino con una parte de él (localmente). El cerebro se desarrolla en un ambiente, a la vez vital (*Umwelt*) y espacial (topológico).⁴² La tesis de un cerebro superpuesto al universo entero es rechazable, por coherencia ontológica. Hay que destacar cómo, ya desde Aristóteles, la escala de los objetos se adecua a la escala del sujeto de conocimiento. Aristóteles identifica las sustancias con los objetos de nuestra experiencia ordinaria,⁴³ a

⁴¹ J. Itard, *Víctor de l'Aveyron*, Alianza, Madrid, 1982.

⁴² Véase el proyecto de J. Petitot (*et alii*, eds.), *Naturaliser la Phénoménologie*, CNRS Editions, París, 2002. Rick Grush, "Le soi, le monde et l'espace: signification et mécanismes des représentations spatiales ego- et allocentriques", en P. Poirier & L. Faucher (dir.), *Des neurosciences à la philosophie*, op. cit., págs. 412-451.

⁴³ "¿Qué son —se pregunta Barnes— las sustancias aristotélicas? La respuesta es de gran sentido común: los primeros y más claros ejemplos de sustancias son los animales y las plantas; a ellos podemos añadir otros cuerpos naturales (el Sol, la Luna y las estrellas, por ejemplo) y, quizá, también los utensilios (mesas, sillas, pucheros y sartenes). En general, las cosas perceptibles —los objetos de tamaño medio—

partir, diríamos nosotros, de la escala perceptual e intelectual corpóreo-humanas, que es una parte del Universo. (Algo que es también válido para los animales y su organización perceptual).⁴⁴

Una tesis que tiene su asociado gnoseológico, si las hipótesis del teorema de la conciencia se llevan a cabo desde alguna de sus partes: la percepción, la memoria, el sueño, las neuroimágenes, etc.

Los problemas surgen cuando las Neurociencias, que en cuanto ciencias neutralizan las operaciones del sujeto gnoseológico, convierten a ese objeto en sujeto de cualquier otro predicado: ontológico, epistemológico o ético. Y entonces ese sujeto-cerebro aparece tan ideologizado como cualquier otro de las ciencias humanas. El límite del problema es que ese sujeto pretende ser el fundamento de todo el universo. Una ideología que delata a los neurocientíficos, que presentan a la sociedad sus investigaciones teñidas de valores ideológicos a partir de la subjetividad que podemos llamar *occidental*. Así, las noticias de la neurobiología se presentan en formatos puramente ideológicos: «cerebro del hombre / cerebro de mujer» (Melisa Himer); «cerebro republicano o demócrata» (Drew Westen); «cerebro estético» (Bruce Millar, Jean M. Annoni);⁴⁵ «localización cerebral de la estructura mística» (Mario Beauregard y Vicent Paquette), «adquisición de artículos caros» (David Lewis), etc., cuestiones que tienen interés para satisfacer valores, normas o costumbres de nuestra civilización, pero que a otras pueden serle completamente indiferentes.

El neurólogo, en su estructura operatoria, parte de una situación ideologizada como cualquier otra, pues se encuentra en una situación de poder: “Yo, que llevo la bata blanca; y tú, que te mueves por el laberinto”. El neurólogo realiza sus valoraciones desde un modelo que le sirve de norma o guía. Veamos un ejemplo, tomado de Francisco Rubia. Su tesis de la «conexión divina» supone que existe una base

constituyen el mobiliario primario del mundo de Aristóteles”. Barnes, *Aristóteles*, Cátedra, Madrid, 1982, pág. 80.

⁴⁴ Véase, por ejemplo, V. B. Dröscher, *La magia de los sentidos en el reino animal*, Planeta, Barcelona, 1987.

⁴⁵ Semir Zeki: “El artista es un neurocientífico”.

neurobiológica de la experiencia mística, una experiencia de Dios.⁴⁶ Ahora bien, no se puede aceptar que “la relación entre la experiencia de trascendencia o experiencia religiosa y el sistema nervioso autónomo sea obvia”, porque ese «es obvio» pide el principio. En su libro, y después de buscar este tipo de experiencia por Oriente y Occidente, concluye con la siguiente tesis: la estimulación del lóbulo temporal es condición suficiente y necesaria para escuchar voces de Dios, viajar a lo largo del tiempo, etc. De dónde se infiere que la experiencia de Dios es un producto del cerebro humano. Pero esta conclusión es un sofisma de generalización espuria. El problema es que a pesar del *regressus* neurocientífico hasta el estado neuronal, después no se puede progresar hasta el sujeto orgánico en el mismo plano neuronal, porque el sujeto no es un organismo dado en el vacío, sino en un contexto histórico y social muy elaborado ¡Treinta mil años de Homo de *Cro-magnon*! Si el propio profesor Rubia puede plantear el problema es porque tiene ya un modelo de religión, porque parte de las religiones dadas (del judaísmo, del cristianismo, del islamismo...), que se han formado precisamente como subjetividades. “Cada formación social crea sus propios tipos de espacio / tiempo, sus propias formas de subjetividad. Y, por consiguiente, sus propias formas de narrarse a sí misma”.⁴⁷ Cuando se hacen experimentos sobre estética, religión, política, etc., con herramientas de ingeniería muy refinadas: RMIf, TEP..., se parte del modelo que suele ser uno de los tópicos de nuestro tiempo (por eso tiene pregnancia en el público). Siempre hay comparación con modelos configurados en la vida ordinaria. Pero ¿cómo se puede sostener que la religión sea consecuencia de una lesión en el lóbulo temporal? La religión es el resultado de una cantidad de instituciones, de ceremonias, de prohibiciones, etc., a menudo muy complejas. Un ataque epiléptico de un individuo puede ser utilizado o conformado en la religión para determinados intereses, pero ¿cómo puede sostenerse que la base de la religión es la epilepsia? Quizá al neurocientífico le parecería no menos asombroso que el origen del concepto de Dios monoteísta se encuentra en la escritura como ha mostrado Mariano Arias: Dios no se encontraría escondido en el cerebro, sino en el *tetragrammaton*.⁴⁸

⁴⁶ F. Rubia, *La conexión divina*, op. cit.

⁴⁷ J.C. Rodríguez, op. cit., pág. 232.

⁴⁸ M. Arias Páramo, *El escriba sagrado. Antropología materialista del origen e implantación de la Escritura*, Tesis doctoral, 2009.

7. La neurociencia absorbe al ego trascendental

La Neurofilosofía, en el sentido propuesto por Patricia S. Churchland, redefine la Idea clásica de *cogito* o ego trascendental, en términos del Cerebro. Es el Cerebro el que reemplaza al alma transeúnte en los cuerpos de los chamanes, el cogito cartesiano, la apercepción trascendental o el alma cosmopolita de Rawls, para concluir a la manera wittgensteiniana que «los límites de nuestro mundo son los límites del cerebro»; esto es, que «nosotros somos nuestro cerebro».

Quien de una forma indirecta —quizá no representada, pero sí ejercida— muestra mejor esta idea es el ya citado Francisco Rubia. Veamos: *El cerebro nos engaña*, titula Francisco Rubia un libro de éxito editorial.⁴⁹ ¿Y cómo puede saberlo el propio emisor? ¿Por qué no lo engaña su propio cerebro cuando afirma que le engaña? Llamaré a este sofisma la «paradoja de Rubia». El círculo es bien claro: «Si mi cerebro me engaña, entonces no me engaña, porque afirmo que me engaña; y si no me engaña, entonces me engaña, según estoy afirmándolo aquí y ahora». Indudablemente se puede salir de la paradoja apelando al Metalenguaje en el que se habla de la Neurociencia. Pero este metalenguaje no es más que el modelo del que ha partido el neurocientífico, que se sitúa en el lugar de Dios o del Lógos. Desde luego que los circuitos neuronales están constituidos de manera que la realidad siempre es captada de alguna manera ilusoria, pero no, como supone Rubia, porque el Cerebro sea la condición de posibilidad del engaño, sino porque no podemos sustraernos a esa ilusión subjetiva, porque si no perderíamos la propia realidad.⁵⁰

La cuestión del escepticismo es un tema filosófico que arranca ya con los sofistas, es tematizada por Platón y se convierte en el punto de partida de cualquier filosofía. Desde Hegel: la actividad del sujeto que constituye la realidad siempre conlleva un sesgo patológico irreductible de ese mismo sujeto. Como dice Zizek: el sujeto siempre es mirado por alguien, y pone de ejemplo el cuadro *Los Embajadores* de

⁴⁹ F. Rubia, *El cerebro nos engaña*, Temas de hoy, Madrid, 2000.

⁵⁰ Y es precisamente la imposibilidad de ir más allá de una conciencia escéptica el recurso a una Idea más compleja de Cerebro. Por eso hemos propuesto la Idea de «Cerebros comunicantes».

Holbein.⁵¹ La filosofía de Hegel —en el contexto del romanticismo e idealismo alemán, que aquí damos por supuesto—⁵² desborda el yo subjetivo: perceptivo, empírico o modular y postula un sujeto que va construyendo la realidad mediante su actividad lingüística y técnica; un «yo digo / yo hago» que anula el «yo pienso» cartesiano; pero este sujeto que no puede ser ni Absoluto ni neutral ni el punto de vista de Dios, se ha de resolver necesariamente en múltiples sujetos; una subjetividad que no puede encontrar su expresión ni en el ego trascendental ni en el cráneo («El Espíritu es un hueso» / «El Espíritu es una masa gelatinosa») —, sino en la acción que la desborda y la objetiva: «El Espíritu es la acción humana». Por eso hemos defendido la tesis del Sujeto descentrado frente al sujeto trascendental, un sujeto que se constituye *in media res*. Caben muchas maneras de hacerse el sujeto, siempre por relación con los demás sujetos y objetos. El sujeto moderno (cartesiano-kantiano) es una construcción límite para una situación también límite con la aparición del mercado global. Lo que **no significa que el cerebro le sea indiferente** y que pueda prescindir de él; más aun: ha de regresar a él necesariamente.

Lo que nos dice la crítica al ego trascendental es que ontológicamente no hay nunca una adecuación plena con el ambiente (*Umwelt*): la experiencia de la angustia, del malestar, la experiencia del *Dasein* heideggeriano extraño a su inmersión en su modo de vida contingente, el interrogante siempre clave es cómo se relaciona esa experiencia de la noche del mundo, del mal demoníaco, de la locura, del autorrepliegue con el gesto fundante de la subjetividad. No podemos entrar aquí en los modelos de determinados sujetos que abordaremos en otro momento.

⁵¹ Zizek apela al concepto de *anamorfosis* de Lacan y lo ejemplifica muy intuitivamente. En el cuadro *Los embajadores* de Holbein, si el observador se encuentra con una mancha y la percibe como una calavera (¡precioso homenaje a «El espíritu es un hueso»!) resulta que deja de discernir el resto del cuadro. *La mancha anamórfica* corrige de inmediato el subjetivismo. S. Zizek, *El espinoso sujeto*, Paidós, Barcelona, 2001, págs. 87-88.

⁵² Las innumerables obras dedicadas a este momento del pensamiento alemán las resumimos en el bello libro escrito por Rosa Sala, *El misterioso caso alemán. Un intento de comprender Alemania a través de sus lecturas*, Alba, Barcelona, 2007.

8. Neurociencias y Neurofilosofía

Habría, por tanto, que distinguir muy clara y tajantemente entre el campo desbrozado de las Neurociencias y el territorio más amplio de la Neurofilosofía.

Por una parte, el neurocientífico deberá seguir desempeñando una labor importantísima y decisiva en el terreno de la investigación científica, en lo que concierne al terreno de las patologías del cerebro o los síndromes neurológicos. La neurobiología, la psiquiatría y la psicología pueden desempeñar un papel estratégico fundamental en la estabilización del cerebro/conciencia flexible, por ejemplo. (El cerebro expectante requiere de otras condiciones).⁵³ Pues si bien las neurociencias son ciencias teóricas, también ofician de artes que han de orientar hacia la libertad-*para* los fines que propone nuestro tiempo; sus técnicas, normas y valores se han de disponer de manera que conformen el cerebro / conciencia respecto de la sociedad en la que ha de sobrevivir. Seguramente el lugar más importante de una neurobiología actual es la de conocer los mecanismos que hacen de las conciencias atractores astutos, malignos, que destruyen las morfologías que las rodean.⁵⁴ Es indudable que el desarrollo de las neurociencias puede evitar mucho dolor en una época en la que la esperanza de vida se ha disparado y los cerebros envejecen antes que el cuerpo (enfermedades neurodegenerativas, Alzheimer...); y puede servir para conducir a enfermos hacia fines que se ajusten a las formas de subjetividad actuales. (En alguna ocasión puse el ejemplo de la curación de un niño con síndrome de Dawn en nuestra sociedad actual estará orientada hacia la normalización en el trabajo, el deporte o el amor; pero en otras sociedades ese mismo niño podría aparecer como un ser numinoso, al que no se puede tocar, etc.).

Por otra, y desde un punto de vista gnoseológico, vinculado al campo de la investigación, nos atreveríamos a dar un giro al término *Neurofilosofía*. Dado que la palabra ya es de difícil desaparición y sería casi milagroso que pudiera ser reemplazada por otras palabras menos pregnantas (por ejemplo, *Filosofía Neuronal*), no tenemos

⁵³ F. M. Pérez Herranz, "Sujeto expectante y globalización", *Eikasía*, nº 31, marzo, 2010, págs. 1-47.

⁵⁴ F. M. Pérez Herranz, *El astuto atractor humano. Introducción a la ética de René Thom*, Universidad de Alicante, 2000

empacho en mantenerla, pero transformando su contenido de esta manera: «Programa de investigación entre científicos y filósofos (psicólogos, cognitivistas...) en busca del ‘teorema de la conciencia’». Desde el momento en que se consiga, toda la narrativa sobre este asunto cambiará radicalmente y quedará relegado a un capítulo más de la Historia de la Filosofía y de la Ciencia.